
TIEMPO DE MEMORIA

Lara Feigel

EL AMARGO SABOR DE LA VICTORIA

En las ruinas del Tercer Reich



TUSQUETS
EDITORES

LARA FEIGEL
EL AMARGO SABOR DE LA VICTORIA
En las ruinas del Tercer Reich

Traducción de Jordi Beltrán Ferrer

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *The Bitter Taste of Victory. In the Ruins of the Reich*

1.ª edición: octubre de 2016

© 2016, Lara Feigel. Todos los derechos reservados

© de la traducción: Jordi Beltrán Ferrer, 2016
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-338-7
Depósito legal: B. 18.084-2016
Fotocomposición: David Pablo
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S.A.
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	11
Prefacio	15
Mapas	19
Introducción	21
Primera parte: La batalla por Alemania, 1944-1945	
1. «Partir con destino a un país que en realidad no existía»	35
2. «La Alemania nazi está condenada»	53
3. «Fuimos ciegos e incrédulos y lentos»	72
Segunda parte: Ruinas y reconstrucción, mayo-diciembre de 1945	
4. «Garantizado el caos total»	105
5. «Berlín hierve bajo el sofocante calor del verano» . . .	138
6. «Un dolor demasiado fuerte»	163
Tercera parte: Juicio y hambre, 1945-1946	
7. «Los colgaréis de todos modos»	189
8. «¡Dejad vivir a Alemania»	218
9. «Que este juicio no termine nunca»	253
10. «La ley intenta ir al mismo paso que la vida»	266
Cuarta parte: Tensión y renacimiento, 1946-1948	
11. «Su sufrimiento y a menudo su valentía te hacen quererlos»	291
12. «He sido el general del diablo en la tierra demasiado tiempo»	326

13 «En el infierno también hay jardines lujuriantes como éstos».....	354
Quinta parte: Alemania dividida, 1948-1949	
14. «Si esto es una guerra, ¿quién es nuestro enemigo?» ..	389
15. «Tal vez nuestras muertes os darán una sacudida y prestaréis atención».....	425
Coda: «Hora de cierre en los jardines de Occidente»... ..	451
Apéndices	
Notas.....	471
Bibliografía selecta	515
Índice onomástico	529
Créditos de las imágenes.....	537
<i>[Fotografías]</i>	<i>[241-253]</i>

«Partir con destino a un país
que en realidad no existía»
Cruce de la Línea Sigfrido:
noviembre-diciembre de 1944

Durante el otoño de 1944 Ernest Hemingway y Martha Gellhorn compitieron entre sí para llegar al frente. Durante cinco años de guerra Gellhorn se había mofado de su marido por su aparente debilidad; mientras ella informaba sobre el conflicto en Europa en calidad de corresponsal de guerra, Hemingway prefería permanecer sano y salvo en Cuba y tratar de hundir submarinos alemanes desde su barca de pesca. Por lo que a él se refería, ya había sido suficientemente heroico en la primera guerra mundial y en la guerra civil española, durante la cual había empezado su relación con Gellhorn. A sus cuarenta y cuatro años de edad, deseaba quedarse en casa escribiendo sus novelas con Gellhorn a su lado. ¿ERES CORRESPONSAL DE GUERRA O ESPOSA EN MI CAMA?, le preguntó en un telegrama. Gellhorn veía las cosas de otra forma. Era Hemingway quien la había hecho corresponsal de guerra; Hemingway, quien había tomado a una prometedora novelista joven de cabellos color rubio melado y piernas increíblemente largas y le había mostrado el espectáculo de la matanza de civiles en la guerra civil española y la había persuadido para que escribiese sobre ello. Ella se había enamorado de él como camarada en actos de valor temerario y le decepcionaba encontrarse casada con un cobarde satisfecho de sí mismo al que ya no interesaba el destino de su mundo.¹

Cuando Gellhorn regresó de Europa para ver a su marido en marzo de 1944, Hemingway la despertó durante la noche para «intimidarla, gruñir, escarnecerla» por buscar emoción y peligro en Europa. «Mi crimen era haber estado en guerra

cuando él no lo estaba». Finalmente, Hemingway decidió recoger el guante que Gellhorn le había arrojado. Pero iban a ser competidores en lugar de colaboradores como en España. Las dos esposas anteriores de Hemingway habían aceptado que en casa sólo había espacio para un gran escritor. Los intentos de Gellhorn de independizarse parecían demostrar un amor meneguante y Hemingway quería herirla a modo de respuesta. Por consiguiente, se valió de su fama, que era superior a la de su esposa, para entrar en *Collier's*, la revista de la propia Gellhorn. Oficialmente, cada publicación podía dar empleo a un solo corresponsal de guerra, de modo que Gellhorn quedó desautorizada. Es más, Hemingway consiguió hacerse con una plaza en uno de los pocos aviones que volaban a Londres y engañó a su esposa diciéndole que en él no podían viajar mujeres. Gellhorn hizo la travesía en un carguero vulnerable e infestado de ratas y se puso furiosa al descubrir que, después de todo, hubiera podido ir en el avión.²

Cuando la pareja se reunió en Londres en mayo, Hemingway ya había encontrado otra amante más sumisa, la periodista Mary Welsh, a la vez que Gellhorn estaba decidida a tener el menor trato posible con su tramposo, competitivo y con demasiada frecuencia borracho marido. La pareja viajó por separado a Europa y Gellhorn llegó mucho más cerca de los desembarcos del Día D que Hemingway, a pesar de la orden oficial que prohibía la presencia de mujeres en los campos de batalla. Hemingway llegó antes que Gellhorn a París tras la liberación de la ciudad y pasó allí unos días con Mary Welsh a finales de agosto, con una breve escapada a Rambouillet, donde infringió las ordenanzas para corresponsales de guerra llenando su habitación de granadas de mano, metralletas, carabinas y revólveres y dirigiendo extraoficialmente operaciones de espionaje.³

El esfuerzo bélico se concentraba ahora en Alemania. París y Roma ya habían sido liberadas y el mundo esperaba la conquista de Berlín. El fin de la contienda en Europa dependía de la rendición de Alemania y esa rendición se lograría destruyendo el país desde el aire y dejando al Ejército de tierra reducido

a la impotencia. En el este, los rusos lanzaron una enorme ofensiva, la Operación Bagration, el 22 de junio, en la que coordinaron la aviación, la artillería, los tanques y la infantería en un esfuerzo por reconquistar Bielorrusia y avanzar hacia el oeste para penetrar en Polonia y Alemania. Antes de que transcurrieran cinco semanas, el Ejército Rojo atravesó las líneas enemigas y expulsó a los alemanes de Bielorrusia; lanzó simultáneamente un ataque contra Polonia y a finales de julio se encontraba a la vista de Varsovia. En el frente occidental, el objetivo principal era atravesar las defensas de la Línea Sigfrido y cruzar el Rin. Al menos para los británicos, era un intento de llegar al interior de Alemania antes que los rusos e impedir que instaurasen un régimen comunista.⁴

Mientras generales aliados como Bernard Montgomery, Dwight Eisenhower, George Patton y Omar Bradley debatían sobre cuál era la mejor manera de maniobrar con sus tropas para penetrar en Alemania, corresponsales de guerra como Hemingway y Gellhorn trataban de agregarse a unidades del Ejército que probablemente serían enviadas hacia el Rin. Durante cinco años, Alemania había parecido irreal y lejana; la palabra «Alemania» evocaba un lugar de mítica maldad. Ahora estaba a punto de ser real otra vez y todos los participantes en el conflicto querían ser los primeros en verlo. Al describir sus motivos para visitar Alemania, James Stern, escritor anglo-irlandés residente en Nueva York, escribió que «pensaba en la perspectiva de volver con una mezcla de horror y fascinación. Creía que iba a ser como partir con destino a un país que en realidad no existía».⁵

Durante el otoño de 1944, los corresponsales de guerra y los artistas se reunían en París entre un viaje al frente y el siguiente y se las ingeniaban para acompañar a las tropas que entraban en la creciente parte de Alemania ocupada por los aliados. Hemingway, Gellhorn, la fotógrafa y corresponsal de guerra norteamericana Lee Miller y la estrella de cine de origen alemán Marlene Dietrich se hallaban entre los literatos británicos y norteamericanos que paseaban nerviosamente por los bulevares parisinos, bebían en los cafés de la Rive Gauche y

visitaban a la intelectualidad francesa liberada, en una esperpéntica y desharrapada imitación de la vida en el París de los años veinte.

La ciudad se había vuelto loca, anunció Lee Miller en un artículo para *Vogue* en el que describía las primeras semanas que siguieron a la liberación. Muchachas bonitas ocupaban las calles, chillando y vitoreando; el aire estaba lleno de perfume que los franceses habían guardado para ese momento. Para Miller, igual que para Hemingway y Gellhorn, era un retorno a casa. Antigua amante y colaboradora de Man Ray y musa de los surrealistas (a la sazón tenía una aventura amorosa con el pintor surrealista británico Roland Penrose), Miller había vivido en Montparnasse en los años treinta y ahora visitaba de nuevo sitios que frecuentó en el pasado. Todos estos visitantes intentaban encontrar debajo de las heridas del nazismo la ciudad que habían amado en otro tiempo a la vez que celebraban esta pequeña victoria en medio de una guerra que parecía interminable.⁶

En septiembre de 1944, los aliados occidentales llevaban ventaja a los rusos en la carrera por penetrar en territorio alemán y Hemingway triunfó en su pugna con Gellhorn. El 1 de septiembre recibió un telegrama del que entonces era su héroe, Buck Lanham, comandante del 22.º Regimiento de la 4.ª División de Infantería. ANDA Y QUE TE AHORQUEN, VALEROSO HEMINGSTEIN, se mofaba Lanham, HEMOS LUCHADO EN LANDRECIES Y TÚ NO ESTABAS ALLÍ. La mañana siguiente Hemingway emprendió viaje a Landrecies, en la frontera franco-belga; estaba con Lanham cuando el 22.º Regimiento lanzó su ataque contra la Línea Sigfrido el 7 de septiembre. Dos días después Hemingway se encontraba acampado con el regimiento en el bosque que había en la frontera entre Bélgica y Alemania, cerca de Hemmeres, durmiendo sobre un suelo de hojas de pino. Hacía muchísimo frío y llovía y Hemingway pilló un resfriado, pero escribía cartas alegres y cariñosas a Mary Welsh y declaraba estar ahora «comprometido como una columna blindada en un desfiladero estrecho».⁷

La felicidad de Hemingway se debía tanto a que Mary Welsh correspondía a su amor como a la guerra. Aunque en Cuba

Hemingway se había resistido a las llamadas a las armas que hacía Gellhorn, tenía un temperamento tan inquieto como ella. También a él le calmaba la intensa inmediatez de la batalla y le dijo a su hijo Patrick que nunca se había sentido más satisfecho ni más útil. Durante su estancia en el bosque se encontró con Bill Walton, afable reportero de *Time* y colega de Mary Welsh con el que Hemingway había trabado amistad aquel verano en Londres y París. Al igual que Hemingway, Walton era un periodista que estaba decidido a demostrar su propio heroísmo; se había lanzado en paracaídas con las tropas estadounidenses en Normandía el Día D. Hemingway tuvo la satisfacción de salvar la vida de su amigo. Al reconocer el sonido de un avión alemán que se acercaba, ordenó a Walton que saltase del jeep momentos antes de que el vehículo fuera ametrallado.

Hemingway entró en Alemania con los primeros tanques norteamericanos el 12 de septiembre y se instaló en una casa de labranza cerca de Bleialf a la que él y sus compañeros del Ejército apodaron «Schloss Hemingstein». En ella compartió una cama de matrimonio con Walton y se alegró de repetir el papel heroico que ya había interpretado en dos guerras. Cuando una bomba de artillería cayó cerca de la casa, rompió los cristales de las ventanas y apagó las luces, Hemingway siguió comiendo a oscuras mientras los oficiales que le rodeaban se escondían debajo de la mesa.

Dos meses más tarde el informe triunfal sobre la batalla que escribió Hemingway aparecería en *Collier's*. «Mucha gente os dirá cómo fue ser de los primeros en entrar en Alemania y cómo fue romper la Línea Sigfrido y mucha gente estará equivocada.» Fue la infantería la que abrió brecha en la línea, no la aviación; la infantería la que se había abierto paso a través de territorio inhóspito y boscoso hasta alcanzar una colina, y «todas las colinas onduladas y todos los bosques que veías ante ti eran Alemania». Habían dejado atrás los fortines que algunos «desgraciados» creían que constituían la Línea Sigfrido, habían dejado atrás las fortificaciones de hormigón, y luego, en medio de un gélido vendaval, habían atravesado el Muro Occidental que muchos alemanes consideraban impenetrable. In-

cluso en aquel momento, escribió Hemingway, fue una batalla que parecía más cinematográfica que real; sería fácil convertirla en una película: «Lo único que probablemente será difícil que salga bien en la película son los soldados de las SS alemanas, los rostros ennegrecidos por las concusiones, echando sangre por la nariz y la boca, arrodillados en la carretera, sujetándose el estómago, casi incapaces de hacerse a un lado para esquivar los tanques». Concluía en tono patriótico que estas escenas le hacían pensar que «realmente hubiera sido mejor que Alemania no hubiese empezado esta guerra».⁸

La incursión de los aliados en Alemania continuó con una batalla de tres semanas por Aquisgrán, que el 21 de octubre se convirtió en la primera ciudad alemana en rendirse. Inmediatamente llegaron corresponsales de guerra aliados para ver la destrucción causada por sus ejércitos y fuerzas aéreas e interrogar a los alemanes derrotados. Como participantes en el esfuerzo bélico aliado, su misión era escribir reportajes que denunciasen la brutalidad alemana, pero, en vez de ello, con frecuencia acababan describiendo la asombrosa devastación de la ciudad. Aquisgrán había sufrido fuertes bombardeos aéreos en 1943 y de artillería durante las tres semanas que había durado la batalla. El 85 por ciento de la ciudad estaba en ruinas y sólo quedaban 14.000 de los 160.000 habitantes que tenía antes de la guerra.⁹ En algunas partes de la ciudad había hilera tras hilera de fachadas decoradas con yeso que todavía presentaban una apariencia de arquitectura normal cuando en realidad no había casas detrás de ellas; en otras partes había kilómetros y kilómetros de escombros. Sólo la catedral seguía en pie, descollando de forma sobrenatural sobre un mar de escombros. Los habitantes que se habían quedado vivían en sótanos y temían tanto a los norteamericanos como a sus gobernantes alemanes, que les insultaban por la radio y les acusaban de cobardía por haberse rendido. Los esqueletos de los que habían perecido a causa de los bombardeos llenaban las calles y toda la ciudad parecía oler a carne putrefacta.¹⁰

Entre los primeros visitantes aliados que llegaron a Aquisgrán se encontraba Erika Mann. Ex actriz, bohemia, ex piloto de coches de carreras, ex autora de espectáculos de cabaret y ex alemana, Mann era ahora corresponsal de guerra norteamericana y lucía de forma provocadora y orgullosa su uniforme del Ejército y su acento anglo-norteamericano. Era también hija del escritor alemán Thomas Mann, ahora ciudadano de Estados Unidos y el portavoz más prestigioso de la literatura alemana en el exilio. Durante varios meses Erika Mann había estado viajando por Europa en un Citroën abollado que un amigo de la resistencia francesa le había regalado poco antes de morir.

Erika Mann había pasado los primeros años de la contienda trabajando para la BBC y había sido testigo de la destrucción causada por los bombardeos alemanes. Luego, como corresponsal de guerra norteamericana, había estado cerca de los campos de batalla de Francia, Bélgica y Holanda. Sin embargo, nada la había preparado para el espectáculo de las ciudades alemanas arrasadas. Al igual que a muchos alemanes que volvían a su país, a Mann le resultó difícil asimilar la transformación de su antigua patria o creer que este yermo «fantásticamente arruinado» había sido realmente una ciudad.¹¹ Pero sentía escasa compasión por los edificios desaparecidos o por sus desmoralizados habitantes. Estaba decidida a no revelar su propia identidad alemana y seguía interpretando su papel de norteamericana para guardarse de emprenderla a golpes con los alemanes no arrepentidos con los que se cruzaba. Al encontrarse con un grupo de policías alemanes a los que los norteamericanos «reeducaban», Mann se escandalizó ante la «total falta de percepción de su culpa colectiva» que mostraban aquellos hombres, que le preguntaron ingenuamente qué planes se trazaban en Washington para la reconstrucción de Alemania. ¿Qué pensaban hacer los norteamericanos para reforzar la economía alemana? Como corresponsal, ¿había encontrado Mann algún sello interesante? ¿Quizá podría ayudarles a completar sus colecciones?¹²

Estupefacta al ver que los alemanes no se daban cuenta de su indignación, Mann les hizo a su vez algunas preguntas. Como policías del Gobierno Militar, ¿preveían que iban a te-

ner problemas con alemanes que aún quisieran exhibir la bandera nazi? Tres o cuatro policías le aseguraron inmediatamente que los alemanes estaban dispuestos a abandonar el nazismo. Para explicar por qué no lo abandonaban, recurrieron a los consabidos mantras: «¡El terror!», «¡La dictadura!», «¡La Gestapo!». A Mann le pareció que aquello se estaba convirtiendo en una canción infantil que se cantaba en todas partes. «A renglón seguido, por así decirlo, aquellos alemanes te salían con que (a) el nazismo seguía vivo en Alemania gracias a un simple puñado de fanáticos odiados, a la vez que (b) cada alemán era vigilado por dos nazis». Mann creía que el nazismo finalmente se había vuelto inaceptable, pero pensaba que no era debido a su depravación moral, sino a su debilidad militar. «A los principales criminales de Alemania no se les acusa hoy de ser criminales, sino de ser unos fracasados.»¹³

Erika escribió a su hermano Klaus en inglés, la lengua que había decidido hacer suya, y le dijo que era «fantástico» encontrarse de nuevo en «el país de los hunos» y que estaba más convencida que nunca de que los alemanes no tenían remedio. «En sus corazones, el engañarse a sí mismos y la falta de honradez, la arrogancia y la docilidad, la astucia y la estupidez se mezclan y combinan de manera repugnante.» Ahora tenía la certeza de que ni ella ni su hermano podrían volver a vivir en ninguna parte de Europa, que se hallaba en un estado tan malo desde el punto de vista moral como desde el punto de vista físico. Era un «trago amargo», aun cuando ya se había comprometido lealmente con el Tío Sam.¹⁴

Erika Mann tenía muy poca paciencia con quienes afirmaban que los nazis les habían engañado. Ella misma se había burlado sin disimulo de ellos y se había opuesto a ellos incluso antes de que subieran al poder, aunque en los primeros tiempos el más politizado de los hijos de Thomas Mann era Klaus, que en 1927 había advertido al mundo de los peligros del fascismo. La postura política de la propia Erika empezó espontánea y apasionadamente cinco años más tarde, cuando recitó un poema pacifista de Victor Hugo en un mitin contra la guerra. Un grupo de camisas pardas disolvió el mitin y arro-

jó sillas contra Erika al tiempo que la acusaba de «traidora judía» y «agitadora internacional». Desposeída de su trabajo de actriz después de que los nazis amenazaran con boicotear el teatro a menos que la despidieran, se sintió llamada a manifestar su oposición. Demandó con éxito tanto al teatro como a un periódico nazi que la había calificado de «hiena pacifista de pies planos» sin «ninguna fisonomía humana». Tras examinar varias fotografías de Erika, el juez declaró que su rostro era, de hecho, legalmente humano. Impulsada al activismo político, Erika estrenó la revista *Pepper Mill* en Múnich el 1 de enero de 1933 y colaboró con su amante, la actriz Therese Giehse, y una compañía teatral para interpretar un espectáculo satírico de cabaret contra los nazis hasta que éstos la expulsaron de Alemania dos meses después.¹⁵

Tras mantener su postura inflexible durante doce años de exilio, Erika no estaba en modo alguno dispuesta a ablandarse ahora. Se sentía agotada después de un año de dormir en camastros reservados para la prensa y comer raciones del Ejército; era consciente de que su cuerpo de treinta y ocho años estaba recibiendo la misma paliza que el coche que le había dado su difunto amigo. Echaba de menos a sus padres (que vivían rodeados de lujosas comodidades en Los Ángeles) y a su hermano Klaus (destacado en Italia, donde trabajaba de reportero para el Ejército estadounidense). Pero la impulsaba el odio a los alemanes que habían obligado a su familia a abandonar sus hogares además de matar a muchos de sus amigos. Los alemanes con los que trataba cada día y que demandaban simpatía hacia sus ciudades destruidas o pedían sellos para sus colecciones eran los mismos que le habían lanzado sillas en Múnich y que habían quemado miles de ejemplares de los libros que ella amaba. Estaba decidida a hacer cuanto estuviera en su mano para presentar su humillación y convencerles de su culpa.

A principios de octubre, Ernest Hemingway se vio forzado súbitamente a regresar a Francia desde Alemania porque se le había formado consejo de guerra por participar en los comba-

tes de Rambouillet. Si deseaba liberarse, tenía que renunciar a su propio heroísmo y fingir que no había portado armas. Su enfado aumentó a causa de un encuentro en París con Martha Gellhorn, que propuso que cenaran juntos y luego se pasó toda la velada exigiéndole el divorcio. Hemingway se mostró reacio; prefería dejar a que le dejaran y aún no tenía preparada del todo su siguiente esposa. No obstante, encontraba solaz entre los brazos de Mary Welsh y en compañía de su vieja amiga Marlene Dietrich, que adquirió la costumbre de sentarse en la bañera de Hemingway en el Ritz y cantarle mientras él se afeitaba. Era la primera vez que Hemingway y Dietrich estaban juntos en una zona de guerra y les vino muy bien. Ambos estaban enamorados del valor y decididos temerariamente a presentarse como héroes.

Dietrich había llegado a Europa procedente de Estados Unidos en abril como artista de las USO. Más adelante recordaría su época en el Ejército como una de las más felices de su vida. Noche tras noche, enfundada en vestidos de lentejuelas, tiritaba estoicamente mientras cantaba a los soldados estadounidenses canciones sobre el amor y el hogar y les traía a la memoria el mundo más amable y más romántico por cuya recuperación luchaban. Tenía algo más de cuarenta años de edad y una hija ya crecida, pero aquí podía ser otra vez una novia juvenil. Según un coronel, Dietrich parecía mirar directamente a los ojos de cada soldado y decirle: «Significas algo para mí. Espero hacerte entender que quiero estar aquí contigo». Aquéllos eran sus chicos y todos la querían, especialmente los generales, a los que halagaba y adoraba. Había pasado el mes de septiembre bajo la protección del petulante general Patton, apodado «el Viejo Sangriento», disfrutando de su papel de primera dama de un héroe de guerra. Pocos días después de conocerse, Patton le preguntó si le daba miedo actuar tan cerca de la primera línea. Dietrich le aseguró que era valiente y que no temía morir. Pero como alemana de nacimiento a la que los nazis vilipendiaban por nacionalizarse estadounidense, era consciente de que tendría un enorme valor propagandístico como prisionera de guerra. «Me afeitarán la cabeza,

me lapidarán y harán que unos caballos me arrastren por las calles. Si me obligan a hablar por radio, general, en ninguna circunstancia debe usted creer lo que yo diga.» Patton le entregó un revólver y le enseñó a usarlo rápidamente si caía prisionera.¹⁶

Mientras Hemingway y su «*Kraut*»* se contaban anécdotas relativas a la guerra, Gellhorn regresó a Londres, «a comer y dormir». Se sentía espantosamente sola mientras hacía balance del final de su matrimonio. La relación con Hemingway había durado siete años y cuando empezó ya hacía algún tiempo que Gellhorn admiraba al escritor. En 1931 había dicho a un amor de la infancia que había extraído su código de conducta de la novela de Hemingway *Adiós a las armas*, en la que el protagonista dice a su amante «Eres valiente. A los valientes jamás les pasa nada». Era suficiente para ella: «toda una filosofía... una bandera... una canción... un amor». Conocer a Hemingway en 1936 y acompañarle a España al año siguiente representó para Gellhorn encontrar justamente el valor compartido, el amor y la canción que anhelaba. Pero las esperanzas de un mundo mejor que ambos albergaron en España se habían roto y los años que pasaron en Cuba habían embotado la pasión. La furia competitiva y los celos de Hemingway la habían agotado; el matrimonio mismo parecía fundamentalmente incompatible con la felicidad espontánea.¹⁷

«Puedo resignarme a cualquier cosa del mundo excepto el aburrimiento, y no quiero ser buena», había dicho Gellhorn a su amiga Hortense Flexner en 1941; «Cuando digo “buena” me refiero a lo que pienso que son las personas muy mezquinas, toda vez que no pueden ser nada mejor. Deseo ser radical o morir. Y la única queja sería que tengo del matrimonio es que pone de manifiesto la tenue bondad que hay en mí, y tiende a suavizar y acallar el aspecto radical, y acabo aburriéndome de mí misma. Sólo una imbécil preferiría ser activa, dolorosa, pe-

* «Col», en alemán. Los anglosajones utilizan o utilizaban esta palabra para referirse de forma despectiva a los alemanes; equivale a la palabra «boche» que usan o usaban los franceses con el mismo propósito. (*N. del T.*)

ligrosamente infeliz, en lugar de aburrirse: y yo soy esa clase de imbécil».

Gellhorn siempre se había sentido impulsada a huir de la gente a la que amaba, a buscar con desasosiego personas y lugares nuevos o desaparecer para escribir sola. En la misma carta decía a Flexner que quería «una vida con gente que sea casi explosiva en su apasionamiento, intensa y dura y risueña y chillona y alegre como el infierno entero desatado» y el resto del tiempo quería estar sola para trabajar y pensar «y que tengan la bondad de no venir a visitarme». El matrimonio no conducía a esta clase de equilibrio; ahora iba camino de liberarse de su trampa.¹⁸

Pero aunque se alegrara de escapar del matrimonio, a veces Gellhorn aún añoraba aquellos primeros y embriagadores días de amor, y los había evocado nostálgicamente en una carta que escribió a Hemingway en junio. Anhelaba volver a estar juntos y ser jóvenes e irresponsables, y suplicó a su marido que renunciara al prestigio y las posesiones y regresar a Milán, él sentado con desparpajo en el sidecar de la moto y ella «mal vestida, fiera, amorosa». Esto fue cuando eran intensos, imprudentes y ruidosos, antes de que el matrimonio limara las aristas y sus voces se hicieran bajas y quedas. Era demasiado tarde para volver a Milán; tanto su amor como la ciudad misma habían sido destruidos por la guerra. Lo único que quedaba era que Gellhorn recuperase su libertad y buscase sola la intensidad imprudente. Y existía el peligro de que un exceso de libertad llevara a un desarraigo desolado. «Soy tan libre que el átomo no puede ser más libre», escribió a su amigo Allen Grover; «soy libre como nada que sea totalmente soportable, como las ondas sonoras y la luz.»¹⁹

En Londres, Gellhorn escribió un reportaje sobre las batallas que había presenciado en Italia. Publicado en *Collier's* en octubre, quitaba fuerza a las descripciones heroicas de los artículos de Hemingway e insinuaba que la guerra, incluso cuando era victoriosa, era demasiado caótica para ser estratégica y demasiado costosa para ser triunfal: «Una batalla es un rompecabezas de combatientes, civiles desconcertados, aterrorizados,

ruido, olores, bromas, dolor, miedo, conversaciones interrumpidas y explosivos de gran potencia». Gellhorn se burlaba de los historiadores futuros que catalogarían pulcramente la campaña y señalarían que en 365 días de lucha los ejércitos aliados habían avanzado poco más de 506 kilómetros. Podrían explicar sin tristeza lo que significaba atravesar tres líneas fortificadas, describirían sin inmutarse cómo Italia se había convertido en una mina gigantesca, pero no acertarían a captar la esencia de la batalla. Terminó el reportaje con una nota cáustica. «El tiempo es espléndido y nadie quiere pensar en qué hombres deben morir todavía y qué hombres deben resultar heridos en los combates antes de que llegue la paz».²⁰

Londres había proporcionado a Gellhorn la comida y el descanso que buscaba, pero pronto deseó vivamente volver al rompecabezas de combatientes y seguir a Hemingway y entrar en Alemania. La normalidad relativa de la vida en Londres hizo que tomara conciencia de su propia condición de persona sin hogar. Dijo a su madre que quería volver a casa, pero a sus treinta y seis años aún no tenía un hogar al que volver. «El hogar es algo que haces tú misma y yo no lo he hecho.» Sintiendo sola todavía, Gellhorn regresó a Francia y desde allí informó a los lectores de *Collier's* de que las heridas de París (prisiones, cámaras de tortura, sepulturas sin nombre) nunca cicatrizarían. Publicado en el mismo número que un artículo en el que Hemingway ensalzaba el talante amistoso de los soldados norteamericanos, el reportaje de Gellhorn describe los garfios al rojo vivo de la prisión de Romainville y el cementerio al que los alemanes llevaban en camiones los cuerpos de los prisioneros muertos. «Es imposible escribir como es debido sobre una crueldad tan monstruosa e increíble y bestial: les resultará imposible creer que existen semejantes cosas.» Antes de que empezara la contienda Gellhorn había dicho a un amigo que pensaba que su papel en la vida consistía en «protestar furiosamente contra la injusticia» y corresponder a su propia buena suerte defendiendo a los infortunados. Los infortunados proliferaban ahora y la furia de la periodista empezaba a ser incontenible.²¹

Gellhorn abandonó París y se fue a las Ardenas; se instaló en una casa de labranza en Sissonne, donde el Ejército estadounidense tenía una base en la que los soldados se entrenaban y reagrupaban entre un ataque y el siguiente. Cierta día un grupo de soldados le exigió que les enseñara sus papeles. Al comprobar que no tenía una autorización oficial para estar en una zona de guerra, la llevaron a la tienda del general James M. Gavin, que mandaba una unidad de elite, la 82.^a División Aerotransportada.

Con treinta y siete años, Gavin era el comandante de división más joven del Ejército de Estados Unidos. Era alto, de aspecto juvenil, encantador y parecía un héroe hollywoodense. Llevaba fusil en lugar de pistola porque quería que sus disparos fuesen certeros y llegasen lejos, y era célebre por luchar siempre en primera línea al lado de sus hombres. También irradiaba el aire de confianza en sí mismo de quien ha triunfado rápidamente cuando todavía es joven. Al comenzar la guerra, la 82.^a estaba bajo el mando de Bradley y a Gavin (a la sazón coronel) se le asignó el mando de su nuevo Regimiento de Infantería Paracaidista, resultado de una tendencia general a la guerra en y desde el aire. Tuvo tanto éxito en la invasión de Sicilia por los aliados que le confiaron tres regimientos aerotransportados en los desembarcos de Normandía. En agosto, Gavin había sido ascendido a general y ahora mandaba toda la 82.^a División Aerotransportada, que en septiembre fue elegida para tomar dos puentes en Holanda con el fin de que las tropas aliadas pudiesen cruzar el Bajo Rin y rodear a las fuerzas alemanas que defendían la frontera.

Gavin y su división esperaban ahora instrucciones en la relativa seguridad de Sissonne. El general se sintió inclinado a tratar con indulgencia a la bella intrusa. Dijo a Gellhorn que la dejaría ir sin llamar la atención y le pidió el nombre del hotel de París donde se alojaba porque se proponía ir a verla aprovechando su siguiente permiso. Al cabo de poco tiempo, la localizó en el Hôtel Lincoln. Más acostumbrado a mandar tropas que a seducir mujeres, Gavin se comportó de forma autoritaria. A Gellhorn no le gustó verse tratada «como un fardo

y empujada a la cama», pero, a pesar de ello, sucumbió y los resultados fueron electrizantes. Después escribió que Gavin le había enseñado «lo que había supuesto, leído y oído decir pero no había creído: que los cuerpos son algo maravilloso». Fue la primera relación sexual satisfactoria de su vida. Más adelante dijo que sus relaciones sexuales con Hemingway habían sido un «zas bum gracias señora» sin el «gracias».²²

Gavin, al igual que Gellhorn, estaba casado y su esposa y su hijo le esperaban en Estados Unidos, pero también él estaba decidido a vivir de forma arriesgada e intensa en el presente continuo de la guerra. Entrado el mes de noviembre, fue destinado a la zona liberada de Holanda, con instrucciones de mantener el orden en las ciudades que había ayudado a destruir, e invitó a Gellhorn a acompañarle. La consecuencia fue una alabanza triunfal a la 82.^a División Aerotransportada que *Collier's* publicó en diciembre. Puede que los lectores habituales de la revista se preguntaran qué había cambiado desde el reportaje sobre el frente italiano que Gellhorn había escrito un mes antes; la guerra ya no era tan sórdida como había parecido entonces. Gellhorn empieza el artículo informando a sus lectores de que los soldados de la 82.^a «parecen chicos duros y lo son». Son buenos en su oficio y andan como si lo supieran, y es un placer verles: «Siempre estás a gusto con buenos combatientes porque, en cierto modo, no hay nadie que viva tan intensamente como ellos [...]. No piensas mucho en los costes de la guerra porque estás demasiado ocupada viviendo el día, demasiado ocupada riendo y escuchando y mirando».²³

Gellhorn y Gavin pronto empezaron a discutir a causa de los métodos que se empleaban en la guerra. Gellhorn no podía olvidar los costes del conflicto durante mucho tiempo y, más avanzado diciembre, se quejó en *Collier's* de la muerte de la ciudad holandesa de Nimega, arrasada por la división de Gavin. Aunque empezaba el artículo proclamando respetuosamente que la moraleja de la historia era que «sería estupendo que los alemanes no hiciesen la guerra», describía la destrucción de forma demasiado detallada para que al lector se le escapase quiénes eran los que habían perpetrado aquella carnice-

ría en particular. El reportaje termina con el retrato de una niña de corta edad, con ambos brazos rotos por fragmentos de bomba y un corte profundo en la cabeza: «Lo único que podías ver era una carita dulce, de enormes ojos negros, ojos totalmente silenciosos que te miraban».²⁴

En diciembre de 1944 Gellhorn ya había vuelto a París, donde una vez más se cruzó con Hemingway, que el día 5 había regresado de su segunda estancia en Alemania. Durante tres semanas había informado sobre las peripecias de la división de Lanham en la encarnizada batalla del bosque de Hürtgen. Esta campaña en los espesos bosques de coníferas que se extendían entre Bonn y Aquisgrán había empezado a mediados de septiembre y al principio se calculó que duraría unas cuantas semanas. Los aliados pretendían abrir un ancho camino a través de unos ciento treinta kilómetros cuadrados de bosque que les sirviese para entrar en Alemania. Sin embargo, el terreno era ferozmente inhóspito; los alemanes habían preparado el bosque con minas y alambre de púas que ahora quedaban ocultos debajo del barro y la nieve. Hacía ya dos meses que había comenzado la batalla cuando llegó Hemingway el 15 de noviembre y no se veía ninguna señal de que estuviera a punto de terminar. A mediados de noviembre, el 22.º Regimiento de Infantería de Lanham había sufrido en tres días más de trescientas bajas, entre ellas las de los tres comandantes de batallón y cerca de la mitad de los comandantes de compañía. Al terminar esta fase de la batalla a mediados de diciembre, los norteamericanos habían perdido 24.000 hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desaparecidos.

Fue una experiencia mucho más deprimente que las campañas de verano que había presenciado Hemingway. Se hallaba en Alemania una vez más pero sin la emoción de ser el primero en atravesar la Línea Sigfrido. Lo que más recordaría era el barro, la lluvia y las bombas de artillería. El único consuelo era el que proporcionaban la camaradería de la vida militar —Hemingway entretenía a Lanham por las tardes hablándole de cómo se apareaban los leones africanos— y las posibilidades de cazar. Ahora tenía prohibido llevar armas

y usarlas contra los alemanes, pero nada le impedía cazar ciervos y vacas.

Hemingway regresó a París con neumonía, pero tras guardar cama un par de semanas siguió a la división de Lanham hasta Rodenbourg (unos dieciséis kilómetros al nordeste de la capital de Luxemburgo), donde invitaron a Gellhorn a pasar la Navidad con ellos. La visita fue un desastre. La esposa de Hemingway cayó mal a Lanham desde el primer momento; la encontró distante y desagradecida. Gellhorn se sentía incómoda e impotente entre los amigotes de guerra de su marido, aunque a la hora de cenar le fue mejor con el general Bradley, que se sintió «muy entusiasmado» con la atractiva corresponsal de guerra, a quien su ayudante describió aquella noche en su diario como «una mujer de cabello rubio tirando a rojo y figura de modelo de portada de revista, alegre y dotada de un ingenio brillante y estudiado que hace que cada comentario parezca salir perfectamente confeccionado y elegantemente cortado para ajustarse a la ocasión, pero sin perder un ápice de la espontaneidad que lo hace bueno».

Bill Walton, amigo de Hemingway, conoció a Gellhorn en una fiesta celebrada la víspera de Año Nuevo y quedó impresionado por sus «elegantes cabellos, el color oro rojizo» y por su porte —«como el de un magnífico caballo de carreras»— y le horrorizó la grosería con que la trataba Hemingway. Al afearle Walton su burdo comportamiento, Hemingway replicó ásperamente que «no se puede cazar un elefante con un arco y una flecha».²⁵

Tanto para Gellhorn como para Hemingway, este viaje significó el fin de su matrimonio. «Yo no fui hecha para el consumo diario», había dicho Gellhorn a un amante doce años antes, «tendrás que pensar que soy ostras..., tú no querrías ostras para desayunar todos los días, ¿verdad?» Tampoco Hemingway estaba hecho para el consumo diario; compartir la vida cotidiana se había vuelto imposible para ellos. Más adelante el escritor hizo saber a su hijo que iban a divorciarse y que pensaba llevar a Mary Welsh a su casa de Cuba: «Quiero un poco de trabajo serio, no estar solo y no tener que ir a la guerra para ver a mi

esposa... Voy a buscar a alguien que quiera quedarse conmigo y me deje ser el escritor de la familia». Ernest Hemingway no quería tener nada más que ver con la guerra y ya no le interesaba entrar en Alemania siguiendo al Ejército; Martha Gellhorn tendría que ver las ciudades en ruinas sin él.²⁶